



Fotografía de Jesusa García Rodríguez

Dedicatorias

Krishna Naranjo Zavala

Universidad de Colima

Rosario, frente a su máquina

A Rosario Castellanos

La veo frente a su máquina conjurando sus odios
mientras salva a las ninfas de toda atroz mitología
La veo recorriendo su casa que es la hoja de papel
donde encuentra la escritura

Puede llorar en la cocina
y no por la cebolla o la carne mal condimentada
En los especieros ve algo más que la pimienta

Con la furia de las diosas toma bolas de fuego
y su verso se convierte en lanza
porque en ella la poesía no está hecha de flores o de estrellas
sino de puntas de obsidiana de la humana más exacta.

Irma tiene una flor para el militar

A Irma Pineda

Irma tiene una flor para el militar
pero una flor negra de rabia
Lleva cempasúchiles secos
en el mercado de Juchitán
donde vivos y muertos se confunden
en una algarabía de aromas

Extraña a su padre
desaparecido por *los de verde*, como les llama,
y es mejor así, pienso,
porque los nombres son piedras que hieren

¿En dónde guardas, Irma, tantos despojos?
La poesía es tu madre que te canta en zapoteco
y cobija la memoria de los presos políticos

He visto cómo enfureces
cuando por milésima jodida vez asesinan la noche
en el país de las nubes

Empuñas el verso como una flor negra,
con tu boca de fruta que quiere devolver el color
a la tierra deslavada por los siglos de los siglos

Afortunadamente luces tus faldas
y eliges verdura y la gente te saluda
pero sé que guardas una patria rota en tu pecho

Irma lleva la voz de las flores desgranadas
y enfrenta coyotes, mata serpientes,
mece a su hijo en los horizontes de la luna,
también vuela como una pluma rojísima
hasta volverse flor, la flor que todavía no se han llevado.

Natalia ama el fuego

A Natalia Toledo

Hay mujeres que pertenecen al fuego
porque tienen a la mano los colores de la infancia

así me parecieron tus poemas
que se abrían de par en par como ventanas felices
dejando ver una niña sonrojada

desfilaron las curanderas y las vendedoras de naranjas,
rostros de tu tierra que conocen los secretos de tu pelo

entonces supe: hay que tomar el paisaje más bello del terruño
aquél que regale atardeceres en actos de magia

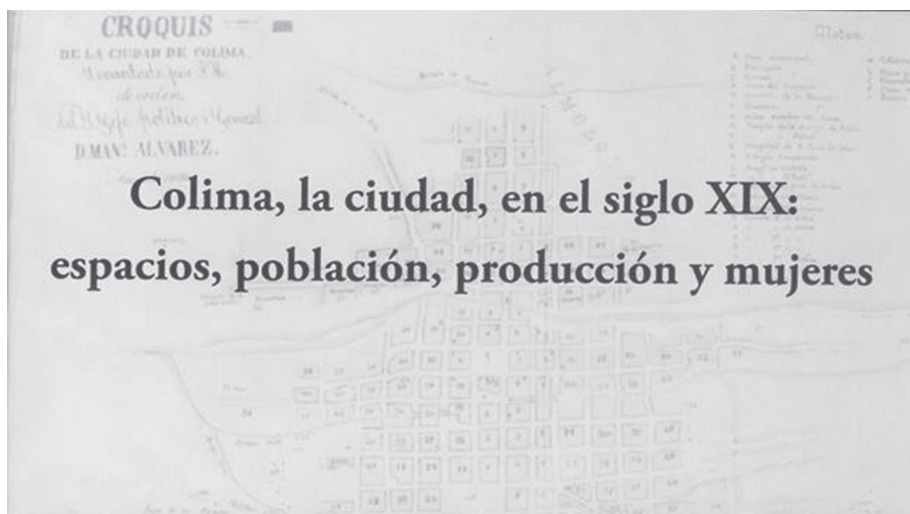
porque no hay ollas rotas en los poemas de Natalia
ni la vergüenza de las costumbres de antaño

en cambio los hombres y las casas sonríen
cuando una mujer ha disfrutado con su cuerpo desnudo

también imagino cómo admiras a tu padre
que pinta y regala tamales
contra el monstruo hinchido de modernidad

pero la derrota no es fácil cuando hay una voz que clama
con la fiereza de la abuela y un vestido de cuadritos

es la memoria, el sabor de las anonas,
es la infancia que no muere y defiende.



Colima, la ciudad, en el siglo XIX: espacios, población, producción y mujeres



Reseña

Colima, la ciudad, en el siglo XIX: espacios, población, producción y mujeres

Avital Bloch y Margarita Rodríguez | Colima, México: Secretaría de Cultura
del Gobierno del Estado de Colima, Sociedad Colimense de Estudios
Históricos y Puertabierta Editores, 2013

José Luis Larios García

Archivo Histórico del Municipio de Colima

La historia nos remonta a los hechos y acontecimientos del pasado, los historiadores reviven parte de los sucesos que dieron vida a las sociedades. Avital Bloch, doctora en Historia con especialidad en Estados Unidos por la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York, es profesora-investigadora del Centro Universitario de Investigaciones Sociales y Margarita Rodríguez, egresada del Instituto Politécnico Nacional, diplomada en Estudios de Género y Derecho Familiar y Sucesorio por la Universidad de Colima, es integrante de la Sociedad Colimense de Estudios Históricos. Bajo la perspectiva de las dos autoras del libro *Colima, la ciudad, en el siglo XIX: Espacios, población, producción y mujeres*, nos trasportamos a la primera mitad del siglo XIX, época que fue fundamental por los eventos políticos, económicos y sociales, tras los cambios significativos de la independencia de México, que replantearon nuevas estructuras jurídicas e institucionales. Las autoras del libro nos adentran a un análisis basado en las condiciones de las mujeres y los hombres en Colima durante el siglo decimonónico.

En particular, mencionan la vida de las mujeres, algo que la historiografía de Colima y su región no había abordado con profundidad para ese tiempo. El libro está dividido en cuatro capítulos: Espacios: panorama físico y social; Población: el Censo de 1841; Producción: el Censo de 1841; y mujeres: El Beaterio de Colima. Es una investigación basada en documentos consultados principalmente en el Archivo Histórico del Municipio de Colima, el Archivo Parroquial de San Felipe de Jesús (Beaterio) y el Archivo Histórico del Estado de Colima.

Lo que hace diferente el análisis de Avital Bloch y Margarita Rodríguez respecto a otros trabajos historiográficos de Colima, es la interpretación de las fuentes de archivo desde la perspectiva de género. Con ello dan a conocer la participación de mujeres y hombres en la producción y reproducción que se establece en las esferas públicas y privadas, la composición de las edades de la población, la estructura de la familia, las edades reproductivas y la situación de grupos vulnerables.

A través del censo de 1841 —uno de los más completos del siglo XIX, pues contiene censos de los pueblos y rancherías del estado de Colima— y apoyado con la historiografía de esa época, se describe la traza urbana de la ciudad, destacando los edificios públicos, religiosos, plazas, calles y callejones, así como los servicios urbanos de ese tiempo. Son los elementos que conformaban el espacio y condiciones en los que se desenvolvía la vida de la población. De acuerdo con las autoras, el censo de 1841 se caracteriza por presentar registros de mujeres, a diferencia de otros censos de la época que en su mayoría eran de varones. Por ello, el libro nos proporciona el análisis de la composición de las edades de la población, la proporción entre los estados de soltería, matrimonio y viudez, las edades entre los cónyuges y las edades matrimoniales de las mujeres. Resaltan la presencia de las madres solteras, jefas de familia, las viudas y los menores huérfanos.

Dentro de las hojas deterioradas del censo de 1841, lograron rescatar el 90% de los datos. En el siglo XIX, la ciudad de Colima se dividía en cuatro secciones, cada una censada por separado. Un total de 8,037 registros fueron recuperados, de los cuales 4,011 corresponden a mujeres y 3,526 a hombres. Si bien era común que los varones se rehusaran a registrarse en los censos, o bien las familias ocultaran la presencia de

hombres para evitar el pago de impuestos o la leva forzada. Las autoras consideran que en las diferentes cohortes por edades, se encontraban algunos factores propios de la época: una elevada mortalidad infantil, la existencia de epidemias como el cólera, la viruela, las variaciones en la cantidad y la calidad de la alimentación, la carencia de servicios médicos y, por supuesto, la inexistencia de antibióticos que impidieran la muerte por infecciones de todo tipo. Sin embargo, el texto señala algunas causas de mortalidad relacionadas con la construcción de género, tal es el caso de la mortalidad femenina por riesgos en el embarazo o a consecuencia del parto, y también la mayor exposición de las mujeres al contagio de enfermedades, al desempeñar su papel de cuidadoras de las personas enfermas en el hogar. Por su parte, los varones enfrentaban el peligro de morir por las heridas sufridas en accidentes de trabajo, riñas o en la guerra.

Bloch y Rodríguez recrean la participación económica de la sociedad colimense a través del censo de 1841. Nos dicen que las mujeres y los varones contribuyeron con trabajo para el mantenimiento de la población y su desarrollo económico. En el censo se registraron ciento veinte oficios, setenta y seis realizados exclusivamente por varones, diecinueve por mujeres y varones, y veinticinco únicamente por mujeres. La ocupación masculina correspondía a los operarios, labradores, comerciantes, jornaleros, hojalateros, leñadores, limoneros, arrieros, entre otros. Por su parte, las ocupaciones de las mujeres más representadas eran las de tortilleras, costureras, cocineras, comerciantes, criadas e hilanderas. Enseguida estaban las panaderas, sombrereras, molenderas, obrajeras y labradoras.

El texto señala que en el siglo XIX, los roles asignados a la mujer fueron el de hija, hermana, esposa y madre, siempre con relación a un hombre, a quien se le consideraba cabeza de familia por lo que disponía de autoridad patriarcal. Aunque normalmente se ha descrito que las mujeres del pasado estaban limitadas al cuidado del hogar y sus hijos, el censo de 1841 muestra una realidad muy distinta, pues existían mujeres ganándose la vida en los sectores más productivos de la región: el agrícola e industrial. Sin embargo, las cuentas públicas de la historia han negado el papel laboral y la aportación económica de la gran cantidad de mujeres casadas, solteras o viudas que desempeñaban un trabajo doméstico, extradoméstico o ambos.

Ésta es la contribución que aportan las autoras a la historia de Colima, sobre todo por la complejidad de los temas, pues abarca una época de cambios políticos y religiosos en México. Desnudan las fuentes de archivo para interpretar y recrear a la mujer trabajadora fuera de casa, que luchaba para sobrevivir a las necesidades básicas de la familia y prepararse para una vida difícil llena de adversidades.

El último capítulo del libro se refiere a la importancia que tuvo una de las instituciones establecidas en la ciudad de Colima durante el siglo XIX, “El Beaterio” —hoy parroquia de San Felipe de Jesús—, centro dedicado a la protección de las mujeres huérfanas de la ciudad. Los beaterios tuvieron su origen en la Edad Media en Europa, lugares donde se refugiaron las mujeres que por diversas circunstancias decidían vivir en comunidad con otras mujeres. Con el tiempo, los beaterios se convirtieron en lugares de tutelaje religioso y social para mujeres de escasos recursos, donde las jóvenes tenían la posibilidad de recibir educación, prepararse para el matrimonio —y con suerte una dote—, o bien aprender un oficio. Así fue como llegaron los beaterios a América.

El Beaterio, durante su existencia en Colima, cumplió con las funciones de hospicio, escuela para niñas, albergue de mujeres sin hogar y taller donde se elaboraban los ornamentos religiosos para la parroquia. Esta comunidad siempre dependió de las limosnas y de la elaboración de sus productos. Para dar cuenta de lo anterior, las autoras de nuevo recurrieron al censo de 1841, donde localizaron la casa del Beaterio, ubicada en la segunda sección, manzana once, calle del Beaterio, acera que ve al poniente. En los datos del censo, se registraron a cuarenta y una mujeres que vivían en el establecimiento. Considerando que en ese tiempo la mayoría de edad se adquiría a los veinticinco años, se enlistaron veintinueve mujeres menores de edad, cuyas edades oscilaban entre los siete y veintidós años; además, había doce adultas entre los veintiocho y setenta años.

De las cuarenta y una mujeres que habitaban el Beaterio, tres eran maestras de niñas, tres cocineras, dos enfermeras, cuatro costureras, una aprendiz de costura, cinco aprendices de flores, cuatro floreras y diecinueve no tenían oficio. La educación era rígida en sus reglas establecidas. Según citas proporcionadas por las autoras, en los libros de Gobierno que resguarda el Archivo Parroquial de San Felipe de Jesús, se encuentra

el reglamento interno que tenían las beatas. El horario de las actividades comprendía desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche. El vestido de las beatas y niñas debía ser negro, las internas tenían que cuidar su vocabulario para evitar ser castigadas o expulsadas. Las niñas y jóvenes no recibían visitas sin autorización de la rectora. Las camas de los dormitorios debían ser cubiertas de cortinas para impedir la vista y sólo se podían cambiar de ropa en este espacio. Tenían que dormir cubiertas de cuerpo entero para evitar la indecencia, y de ninguna manera se toleraba a las internas pasarse de una cama a otra.

Si bien el Beaterio fue reconocido institucionalmente como un centro educativo para niñas huérfanas y externas, tuvo que cerrar sus puertas en 1859, al momento de implantarse las Leyes de Reforma. Esto ocasionó problemas a la autoridad local y a las mismas beatas, pues quedarían desamparadas y sin un techo donde vivir.

Las autoras describen que poco se sabe de la desintegración que se vivió al interior de Beaterio, pues algunas niñas huérfanas fueron colocadas en casas particulares, mientras que las mayores de edad quizá buscaron la manera de subsistir empleándose en trabajos domésticos u otros oficios.

Colima, la ciudad, en el siglo XIX: Espacios, población, producción y mujeres, es un libro recomendable y apropiado para todos aquellos que indaguen en los sucesos relacionados con la educación femenina, en particular del Occidente de México. Es una aportación a la historia del género y a la vida cotidiana de la ciudad de Colima, y contribuye al conocimiento de aspectos que, hasta ahora, habían quedado al margen de su historia.